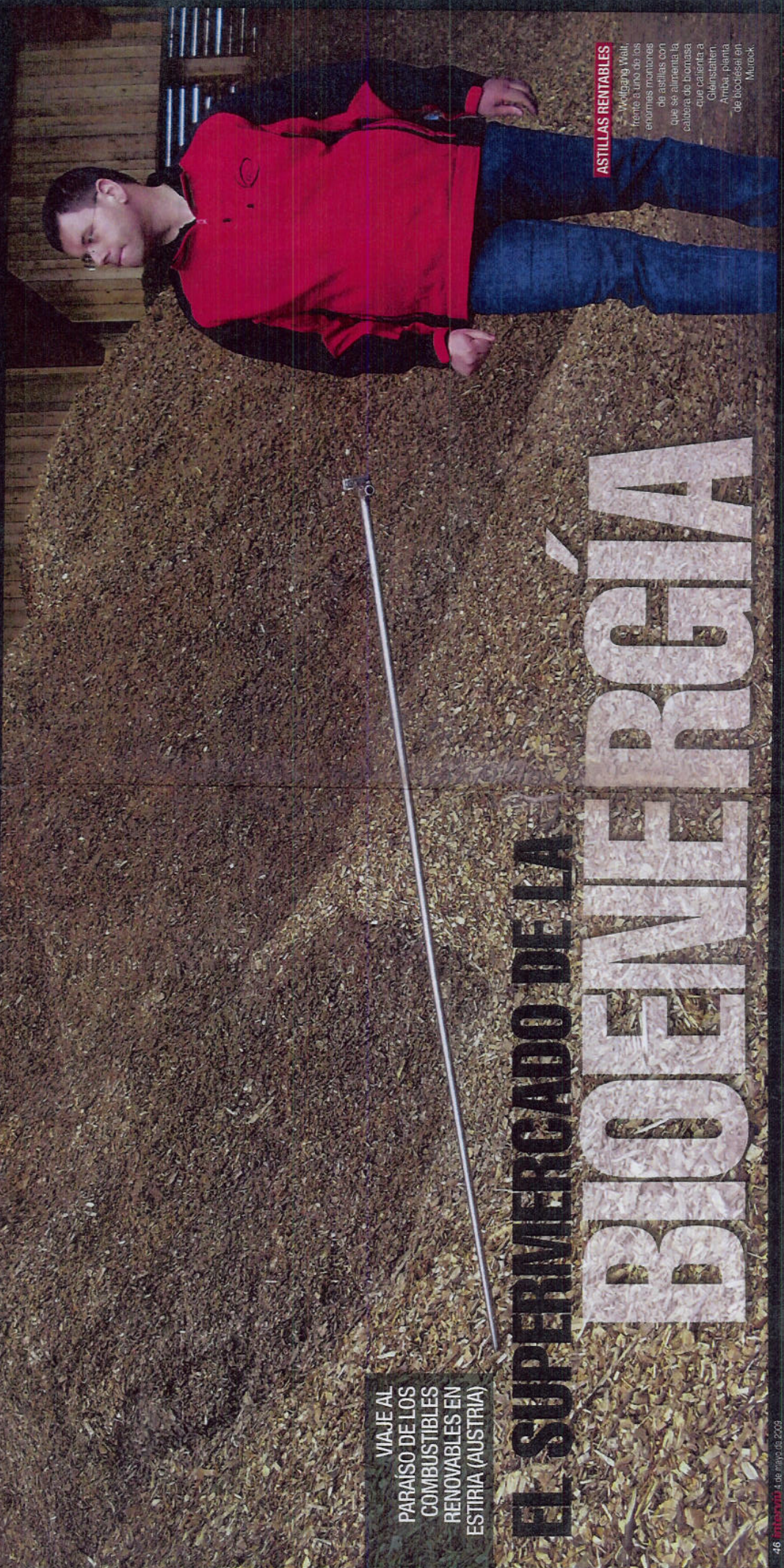




Nadie se parece a Paco Martínez Soria, pero muchos se quedan boquiabiertos en Estira (Austria): Han venido al supermercado de la energía verde. Un sector con futuro en el que nada se tira: astillas, lodos, excrementos, basuras en general y plantas venenosas. Todo vale para conseguir energía renovable, barata y que limite la dependencia de los países productores de petróleo. En octubre, en Valladolid, habrá una exhibición sobre este tipo de técnicas.

[Lluís VIDAL]
www.energies.com

Mo hay guardias, en la puerta, no hay arcos de seguridad; hay un edificio histórico, conservado con dignidad, y un despacho hasta cierto punto angosto. El hombre se quita la chaqueta austriaca, sirve los zumos y pela con desenvoltura un plátano mientras habla con sus visitantes. Los políticos austriacos son de otra uña, y de madera es precisamente de lo que se ha hablado. El voraz comedor de plátano es Johann Seifinger, consejero

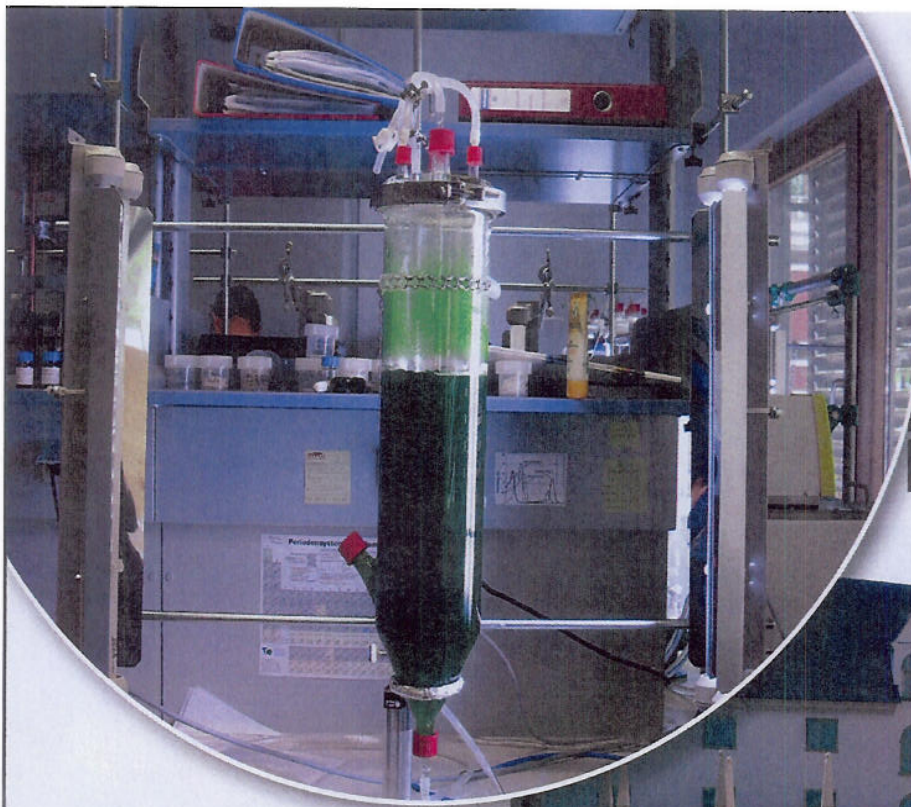


VIAJE AL
PARAISO DE LOS
COMBUSTIBLES
RENOVABLES EN
ESTIRA (AUSTRIA)

EL SUPERMERCADO DE LA BIODIVERSIDAD

ASTILLAS RENTABLES

Wolfgang Wall, frente a uno de los enormes montones de astillas con que se alimenta la caldera de biomasa que calienta a Gleinstätten. Arriba, planta de biogás en Mureck.



EXPERIMENTOS

A la izquierda, los laboratorios de Biodiesel International. En la probeta, un experimento con algas de agua dulce para hacer combustible. Esta tecnología se diversifica para evitar usar plantas comestibles y crear una crisis alimentaria.

“LA GENTE SE CONVENCIO
CUANDO PASAMOS FRÍO CON LA
CRISIS DEL GAS RUSO”



MINISTRO DE CAMPO

Johann Seitingner es el ministro de Agricultura y Bosques de la región austriaca de Estiria. El suyo es un sector decisivo en las exportaciones del país. En su granja ya usó biocombustibles hace treinta años.

la 24 horas”, subraya Walt. Esa cifra es un chollo, a decir de los ingenieros, teniendo en cuenta las largas temporadas de frío que se padecen en Estiria. Desde una central de biomasa como ésta se puede proporcionar calefacción y agua caliente hasta a cien kilómetros de distancia. Cuatro trabajadores cubren todos los turnos, además de otros tantos ingenieros.

Un ejemplo de gestión

Aunque es ésta una región industrial, hay un gran componente agrícola y ganadero. Hay que seguir la visita de campo. Y, además, en el más bucólico que se pueda encontrar, entre hayas inmensas, en un valle verde que recuerda a los paisajes alpinos de Heidi.

Así como los políticos austriacos se parecen poco a los españoles, lo mismo pasa con las bodegas. Aunque sea el resultado de una tradición centenaria como la Bodega Peitler, en Leutschach. El bodeguero Peitler es un tipo espigado, de unos cuarenta años, con una familia enteramente rubia y con un aspecto contagiosamente feliz. Explica un ingeniero ▶

EL SUPERMERCADO DE LA BIOENERGÍA

► ro de Agricultura y Bosques de Estiria, una región austriaca con 1,2 millones de habitantes.

Un apasionado de la bioenergía, un sector que da trabajo directo a 11.000 personas sólo en esta región. Él mismo fue un pionero en el uso de esta energía en sus propias instalaciones, hace más de treinta años. Su trato llano y su apetito no son nada comparados con la admiración que produce en sus visitantes españoles las cifras de este sector de futuro. Al fin y al cabo, un grupo de españoles, encabezado por dos ingenieros castellano-leoneses, ha venido a ver cómo es el paraíso de la bioenergía. “A aprender”, asegura Jorge Herrero.

Herrero es el director de Expobioenergía, una muestra anual que en octubre enseñará en Valladolid las virtudes de la bioenergía. Astillas, plantas, heces, grasas de toda condición, basura en general. De ahí sale cerca del 20 por ciento de la energía que nutre a esta región austriaca. Y su comercialización es la responsable del 7 por ciento del Producto Interior Bruto regional. Exportaciones de plantas de biodiésel a 22 países, innumerables empresas de calderas de biomasa, factorías de biogás. Se impone una visita a ras de tierra en este paraíso bioenergético. Un paraíso y un supermercado.

Sólo 1.200 euros al año

Una recia chaqueta roja alberga un corchón que se mueve de un lado a otro de lo que parece una bucólica nave en medio de la agradable campiña de Estiria, en Gleinstätten. Wolfgang Walt es el gerente de la calefacción de este municipio que sobrevive confortablemente a temperaturas de 15 grados bajo cero

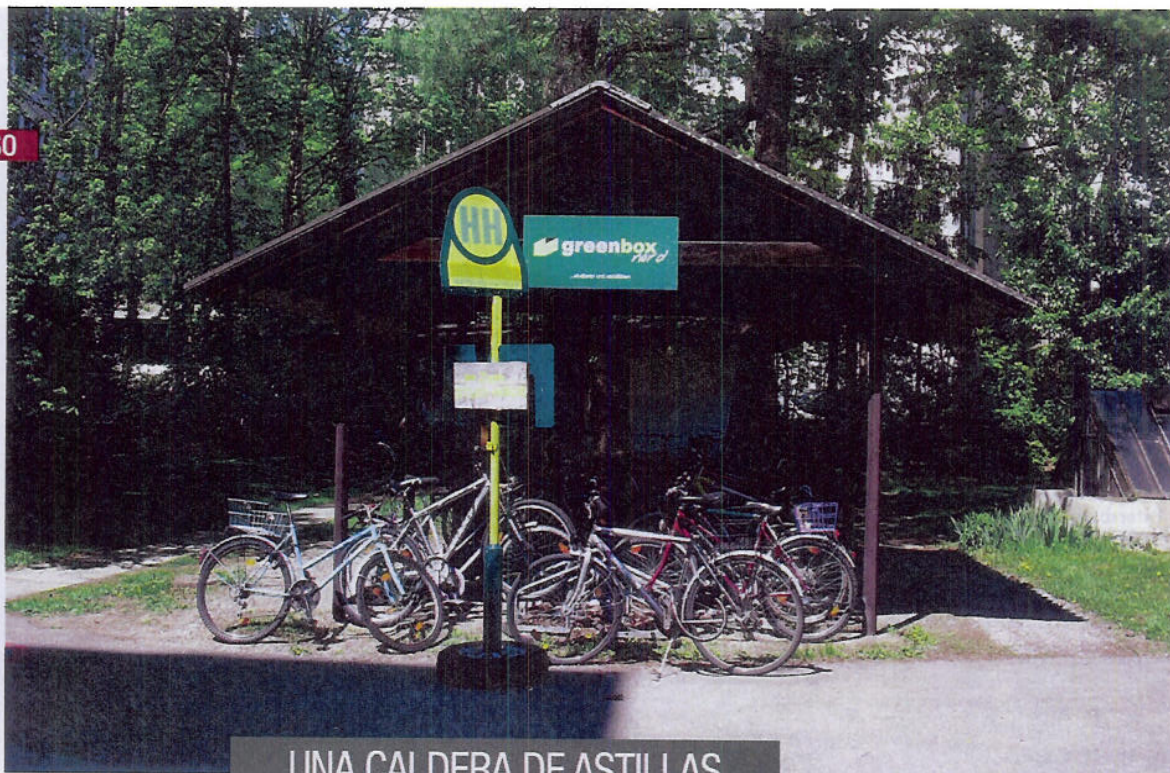
gracias a una inmensa caldera de biomasa. La verdad es que la caldera en sí no es demasiado impresionante. Sí lo son, sin embargo, los montones descomunales de astillas que se acumulan en las naves. Hay un olor agrio, a intenso residuo vegetal. Paseando por la planta impoluta mientras los ingenieros españoles apuntan a toda velocidad datos técnicos y económicos, herr Walt se sincera: “Cuando sufrimos la crisis del gas ruso de 2006, pasamos mucho frío. Todo el mundo se convenció de que había que optar por la biomasa”.

Las cuentas no tienen mala pinta. La caldera costó tres millones de euros, de los que un tercio fue subvencionado. Utilizan 10.000 metros cúbicos de astillas al año (residuos de madera de fábricas de muebles, podas de bosques, toda la madera triturada en tres tamaños para ser quemada), con lo que calientan todos los edificios públicos de la ciudad y a cientos de cliente particulares.

Los particulares —una vivienda unifamiliar de campo— pagan 1.200 euros al año por calefacción y agua caliente, “además de un ingeniero a disposición

COMPROMISO

Un aparcamiento para bicicletas junto al consorcio de empresas de energías renovables en Graz, capital de Estiria. Abajo, el bodeguero Peitler (izquierda) y el ingeniero que desarrolló su prodigiosa caldera de biomasa, Marko Zeiler.



UNA CALDERA DE ASTILLAS
CON UN MOTOR DUCATI DE MOTO
SUMINISTRA A UNA BODEGA



▶ austriaco y cantante aficionado, Marko Zeiler, que parte de esa felicidad está en las tripas de la bodega, en la que no hay barricas de roble, sino escrupulosa limpieza de acero y aluminio. Allí abajo ruge un motor Ducati de moto, enganchado a una caldera de astillas. De ella se origina, en prodigio tecnológico, calor, frío y electricidad.

El resultado feliz, las siete variedades de vino blanco cuyas virtudes recita herr Peitler, en un atardecer en el que los ingenieros españoles ponen ojos soñadores: "Es un ejemplo de gestión, de integración", explica Antonio Gonzalo, ingeniero forestal que trabaja para la Asociación Española de Valorización Energética de la Biomasa (Avebiom).

Evitar la dependencia

Gonzalo tiene muchos ejemplos en la cabeza sobre el uso ventajoso de la biomasa. Incluso habla de las posibilidades de Madrid —con dehesas en provincias limítrofes— para tener calefacciones de pellets (combustible hecho a base de biomasa con manejo similar al del gasóleo) que gasten y contaminen menos: "Y que dejemos de depender en exclusiva de países como Argelia, Venezuela o los del golfo Pérsico. Los austriacos nos llevan 20 años de ventaja, vale. Pero ya es hora de ponerse en marcha". Esta apuesta de futuro parece mover también a Jorge Herrero, que no disimula su admiración hacia la organización social austriaca: "Piensa que los granjeros se agrupan para poner entre todos una central de biomasa. A Austria hemos venido siempre a aprender".

Hay bioenergía de campo y también urbana. Brei Ten Huber es el gerente de calefacción y biogás de Mureck, un pue-

blo de 1.600 habitantes. Antes de llegar, un pequeño polígono industrial acoge casi la perfección del reciclado y la bioenergía. Biogás, biodiésel, biomasa, todo en unas enormes naves de color verde. Producen 16.500 toneladas de biodiésel al año, una cantidad nada despreciable. Reciclan, por ejemplo, el aceite usado de

los McDonald's de Hungría. Ten Huber va con vaqueros, las manos en los bolsillos. Es uno de los 22 empleados de esta gran factoría de energía verde.

Pero el ambiente se hace mucho más urbano cuando se entra en Biodiesel International. El presidente, Wilhem Hummer, no gasta en corbatas, pero destila una elegancia sport mientras con habilidad explica que "el biodiésel no se hará con plantas alimenticias", si bien deja un resquicio para el cinismo cuando desliza que "los productores no podemos ser responsables del origen de la materia prima".

Los ingenieros españoles aclaran la tendencia de futuro: "Minirrefinerías en las que se pueda hacer biodiésel con casi cualquier tipo de material". El objetivo es que los residuos sean también productivos, incluso los más incómodos, "como los declarados peligrosos por la Unión Europea, los que pueden contagiar el mal de las vacas locas", apunta Jordi Vaquer, ingeniero catalán de Biodiesel International. Vaquer tiene, él mismo, una planta de biodiésel en Cataluña, basada en parte en aceite usado "que recogemos casi de cada casa". Asegura que los precios son competitivos.

"Ustedes nos ganan en energía eólica y solar", lanza como requiebro amable para los visitantes el ministro de Agricultura. Y ellos en todo lo demás, piensa la expedición. Johann Seitingner asegura que los biocombustibles necesitan máquetin. Y, en el supermercado de la energía verde, regala una perla que se apuntan los ingenieros españoles: "La gente se mostraba reacia. Conectamos la iglesia primero. Cuando fueron el domingo a misa". Políticos de otra madera, mucha madera, y de la que arde.